CAPITULO IV

LA CONGREGACION (1818)

La humilde Asociación lionesa de los Sagrados Corazones contaba sólo dos años de vida, y ya había realizado admirables progresos de santidad entre las almas escogidas que formaban parte de ella, al mismo tiempo que su celo por practicar el bien se extendía rapidamente por doquiera. Este ensayo de dos años mostró al Padre Coindre que varias de las asociadas tenían aptitudes y condiciones para la vida religiosa, en la que podrían trabajar más eficazmente por la gloria de Dios y salvación de las almas.

El santo sacerdote vió con claridad que la perfección exigida por su Reglamento era muy difícil de conseguir entre los peligros y contingencias del mundo, estando expuestas,

como estaban, a mil intermitencias e inconstancias. Ya algunas de las asociadas habían tomado el camino del claustro, y Paulina Jaricot, sin separarse por completo de la Sociedad, estaba destinada a ser instrumento divino para la fundación de una obra lionesa que se había de dilatar por todo el mundo: la obra de la propagación de la fe.

Vió en todo esto el buen Padre una clarísima indicación de la Providencia, y creyó llegado el tiempo de transformar la pequeña Asociación en una verdadera Comunidad religiosa. Un día, pues, el santo director reunió a las que parecían llamadas por vocación divina, y decididamente, con autoridad y energía, que demostraba bien a las claras la inspiración del cielo, declaróles los designios de Dios sobre ellas: «Es preciso, dijo, que sin vacilación y sin demora forméis una Comunidad.» Y allí, en el acto, trazó las primeras líneas de un Reglamento, calcado sobre la Regla de San Agustín y las Constituciones de San Ignacio, con la intención de reunir más tarde las reglas en un solo código de observancia religiosa adaptado a las necesidades y circunstancias del tiempo.

El fin fué siempre el mismo: formar almas

para el cielo por medio de una educación verdaderamente cristiana; pero desde aquel momento iba a proseguirse la obra bajo una nueva insignia y bajo una sola dirección.

La modesta Asamblea quedó sorprendida y emocionada mientras que el Padre Coindre presenta a la señorita Thévenet como designada por la divina Providencia para el cumplimiento de esta misión; Claudina cae de hinojos anonadada. «El cielo os ha escogido, dice resueltamente el Padre; responded a su llamamiento.» A estas palabras solemnes como una consagración, levantándola sus amigas, la estrechan una a una entre sus brazos, y le dan el dulce nombre de Madre como testimonio de ternura y de sumisión

La Comunidad quedó constituída. Todo esto pasó el día 31 de Julio de 1818. María Claudina Thévenet contaba entonces 44 años

CAPITULO V

CLAUDINA THEVENET EN «PIERRES PLANTEES» (Muchas Piedras)

La nueva Comunidad puso manos a la obra, y comenzó por instalar un taller para la fabricación de tejidos de seda, industria típica de Lyon. Modestísimos fueron los principios en «Pierres Plantées», a las puertas del céntrico barrio de la «Cruz Roja»; el taller se componía únicamente de un telar, ante el cual se sentaba una obrera hábil en el arte y una niña en calidad de aprendiza. Pobres eran los principios, pero las magnas obras de Dios se verifican frecuentemente sobre la humildad y la pobreza.

La casa, pequeña y desprovista de todo, era por entonces suficientemente capaz, pues

la Comunidad no habitaba aún en ella y estaba ocupada por la piadosa y hábil obrera Juana Burgy.

La señorita Thévenet y sus compañeras visitaban a diario su querida casita, esperando el día feliz en que podrían habitarla. ¡Pero cuánto había de sufrir hasta entonces el alma de la Fundadora!... Su madre se quejaba amargamente de ella, creyéndose poco menos que abandonada; su familia ridiculizaba con incesantes bromas el nuevo género de vida que Claudina había abrazado, y sobre todo su propio corazón la ponía a veces en verdaderos conflictos; aquella unión tan íntima de un hogar cristiano, había de romperse muy pronto y... para siempre. Este pensamiento no la llevaba hasta la duda del llamamiento divino, pero dejábala caer muchas veces en un dolor agudísimo, demostrándole así el Señor que las obras divinas no se ejecutan nunca si no van acompañadas del sacrificio.

Al fin su inquebrantable fe la hizo triunfar de todo, y en la tarde del 5 de Octubre, víspera de la fiesta de San Bruno, dejó a su madre y demás familia. Solas, Claudina y la señora viuda de Ferrand, se dirigieron este primer día a la pequeña Providencia de «Pierres Plantées»

a reunirse con las niñas (1). Esta señora no era miembro de la Asociación ni podía pertenecer a ella por su estado de viudedad, pero siempre se mostró como verdadera y solícita amiga. Vivía junto a la casa (2) que Claudina tomó para su segunda «Providencia», en «Pierres Plantées»; a la sazón tenía una hija de once años (3). No dice nuestra historia si alguna asociada se había comprometido también a seguir los pasos de nuestra Madre en este memorable día; lo que sí sabemos muy cierto es que ninguna la acompañó en la hora del sacrificio. Puédense comprender así doblemente las angustias de esta primera noche.

¡Y qué primera noche ésta, pasada lejos del hogar materno! La señorita Thévenet hablaba de ella aun al fin de su vida, como de la noche más amarga que jamás hubiera conocido. Todos los Santos, a imitación de su Divino maestro, pasan por estos momentos de íntima desolación que, como las tristezas de Getsemaní, son el preludio de las grandes determinaciones y de las grandes hazañas. «Me pareció, decía la santa doncella, que me ha

(1) Registro de entradas, etc., página escrita por la misma Madre San Ignacio.
(2) Grande-Cote núm. 9 (Catastro de la Ciudad de Lyon).
(3) Partida de Bautismo,

bía comprometido a una empresa loca y presuntuosa, sin probabilidades de éxito y sin más resultado que el descrédito y la nada.»

Como recuerdo de este día 6 de Octubre en que la Iglesia celebra la fiesta del Fundador de la Cartuja, se dió el nombre de María de San Bruno a la señorita Jubeau, una de las primeras compañeras que se unieron a la señorita Thévenet.

Además de los reproches cariñosos y de las inocentes cuchufletas de su familia, la señorita Thévenet tuvo que soportar las burlas menos inocentes y no pocas veces más violentas de los que no comprendían su manera de proceder, lo cual, como decía monseñor Coindre, «eran una buena señal del futuro éxito».

Y así era, en efecto; pues la obra prosperaba, el número de las huerfanitas aumentó rápidamente, los encargos de trabajo aseguraban el porvenir, tanto, que el local era ya pequeño, y por esto la señorita Thévenet tuvo que buscar otro más vasto y adaptado a las circunstancias, aunque procuró quedarse en aquel barrio que comenzaba ya a conocer todo el bien de la obra y donde la caridad se practicaba sin alharacas ni ruídos.

Vióse con evidencia en este caso que los planes de Dios eran distintos de los que ella había formado, y así, por más que recorrió casas y talleres, no pudo encontrar nada que le satisfaciera para el caso. Al ver, pues, fracasar sus intentos recurrió a su ordinario e infalible recurso: la oración. Interesó en su causa a la Santísima Virgen y a San Luis Gonzaga, Patrón de la juventud, e inmediatamente se resolvieron todas las dificultades.

Pablo Jaricot, hermano de Paulina, puso en venta su hermosa finca «La Angélica», situada en la plaza de Fourviére, frente al célebre santuario de María. Fué un caso providencial: Paulina tramitó el asunto y la Asociación de los Sagrados Corazones pudo adquirir el vasto edificio. El contrato de venta se firmó el día 18 de Noviembre de 1820 (1).

No sin alguna pena, la naciente Congregación dejó «Pierres Plantées», humilde cuna de la obra; más el gozo de vivir a las plantas de la Santísima Virgen, bastó para disipar toda congoja, y por eso, el primer cuidado de sus piadosas hijas fué el de presentarse a Nuestra Señora de Fourviére en su modesta capilla

(1) Actas de propiedad.

para recibir la sagrada Comunión y renovar su consagración y su sacrificio a los pies de aquella Señora tan amada de los lionenses.

En la época de trasladarse de «Pierres Plantées» a Fourviére, la Comunidad se componía de siete miembros, que según el orden de ingreso, son los siguientes: (1).

Srta. Claudina Thévenet, 5 Octubre 1818
Sra. Viuda de Ferrand, 5 Octubre 1818.
Srta. Chipier, 20 Octubre 1818.
» Planu, 20 Octubre 1818.
» Jubeau, 22 Diciembre 1818.
» Victoria Ramié, 10 Marzo 1819.
» Chardon, 27 Julio 1820.

Durante el año 1822 entraron la señorita Agueda Daval, el 1.° de Junio; Clotilde Revel, el 19 de Julio, y la señora viuda de Dioque, el 22 de Septiembre; de todas las citadas sólo las señoritas Ramié y Revel habían pertenecido a la Asociación de los Sagrados Corazones.

(1) Registro de entradas.

CAPITULO VI

FOURVIERE.—FUNDACION DEL PENSIONADO

Instaladas estaban ya las Madres en su nueva casa; hermoso era el lugar y vasto el jardín, pero el edificio era poco espacioso y, sobre todo, poco acondicionado para su nuevo destino (1).

Arreglóse por de pronto para capilla la sala más amplia; eligiéronse otras habitaciones para los talleres y dormitorios de niñas; la Comunidad aceptó, alegremente, las habitaciones más pequeñas y peor dispuestas que quedaban, pensando con razón que menos comodidades tuvo Jesús en Belén, y que las pobres huérfanas no carecían de nada.

(1) Treinta y siete personas se trasladaron de «Pierres Plantées» a Fourvière. (Catastro de la Ciudad de Lyon).

Cuando todo estuvo a punto, Claudina dedicóse a organizar el nuevo plan de vida: las primeras asociadas estaban divididas en dos categorías: Religiosas de coro y Hermanas auxiliares (1); las Religiosas de coro estaban dedicadas a la enseñanza de las niñas y al gobierno de la casa. Las Hermanas obreras vigilaban los talleres y el trabajo de las niñas, y las Hermanas conversas se dedicaban a los quehaceres domésticos de la casa.

Las niñas tenían muy bien distribuído su horario: clases, Catecismos, instrucciones piadosas, labores, comida y recreo; todo estaba previsto y ordenado; pero, como decíamos, la casa resultaba sumamente pequeña. La señorita Thévenet hizo construir un nuevo cuerpo de edificio y unir otro anejo que destinó a capilla provisional, en tanto que se realizaba el acariciado proyecto de edificar una capilla grande y espaciosa y menos indigna del Señor.

Estos ensanches permitieron a Claudina poner en ejecución un plan por largo tiempo meditado: la apertura de un pensionado en donde las niñas de buenas familias pudieran adquirir la educación e instrucción que exigía su clase y posición social; el nuevo establecimiento se inauguró, en efecto, en 1821, y el número, cada vez más creciente, de alumnas hizo necesaria muy pronto una completa separación de las dos clases de educandas, cuya posición distinta reclamaba también distinto trato. Para las obreras se construyó un edificio junto a la capilla, al cual se le dió el nombre de «La Providencia», y se terminó en 1882. Se empezó la obra hacia el fin de 1821; pero, ¡ay!, el préstamo que se hizo a las asociadas no fué suficiente, porque la señorita Laporte, obligada por su familia, tuvo que retirarse de la Sociedad, reclamando buena parte de su dote. Llena de santa confianza en Dios, Claudina decidióse a suplicar otro segundo empréstito para cubrir el imprevisto déficit, y de tal manera comunicó esta divina confianza a su maestro de obras que éste, como encontrase algunas vacilaciones y dudas en los acreedores, díjoles con íntima convicción: «Señores, no tengan ustedes miedo pues en obras como ésta, Dios sale fiador.»

(1) Divididas éstas entre sí, en hermanas obreras y hermanas conversas.

CAPITULO VII

LAS PRIMERAS MADRES

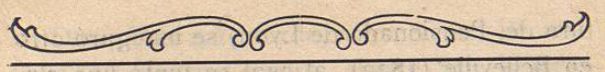
Todo se fué normalizando. Terminada la obra material, era indispensable dar a la casa y a la Asociación un aspecto nuevo y completamente religioso. Claudina había solicitado permiso de la Autoridad Diocesana para poder llevar ella y sus compañeras un hábito religioso que las caracterizara más; como se pusieran treguas a su deseo, dióseles en compensación el privilegio de que en la casa donde habitaba se pudiera celebrar Misa y tener el Reservado. Entre tanto, y para sellar su completa ruptura con el mundo, Claudina Thévenet indicó a sus compañeras la idea de trocar su nombre por el de un Santo, que desde entonces fuera para cada una su especial protector. Eligióse para ella el de San

Ignacio de Loyola, y fué llamada Madre San Ignacio; sus compañeras se llamaron M. San Francisco Javier, M. San Estanislao, M. San Bruno, M. San Andrés, y M. Gonzaga; las tres últimas que se unieron tomaron los nombres de M. San Simón, M. San Ambrosio y M. San Pedro.

El Padre Coindre visitaba con frecuencia su querida Congregación, dándose cuenta de su desarrollo y de sus progresos en el camino de la santidad. En una de estas visitas habló a las novicias con tanto entusiasmo, que al bendecirlas dejóse llevar de su fervor, diciéndoles: «Creced y multiplicaos, que de vosotras se formarán verdaderas hijas del Corazón de Cristo.»

Además, y para proveer ampliamente a la formación y perfección del noviciado, sobre el cual fundaba tan grandes esperanzas para el porvenir del Instituto, quiso darle una maestra de novicias que estuviera a la altura de su cargo y eligió a la señorita Victoria Ramié (Madre San Andrés), y la envió a Valence (Francia), a una casa de las Hermanas de la Natividad, donde era Superiora una Hermana de la Madre Fundadora. Allí adquirió experiencia y práctica en la vida religiosa, de ma-

nera que, al cabo de seis meses, volvió a Fourviére y tomó inmediatamente la dirección de las novicias. Madre San Andrés, aunque no había hecho aún los votos, desplegó en su nuevo cargo todos los recursos de su celo, justificando así la elección que de ella habían hecho el Padre Coindre y la Madre San Ignacio.



CAPITULO VIII

FUNDACION DE LAS CASAS DE BELLEVILLE Y MONISTROL

A los pies de la Santísima Virgen, la pequeña Comunidad crecía a ojos vistas. Madre San Ignacio no admitía en su nueva familia más que almas ardientes y llenas de fortaleza, generosas y constantes, que no desfallecieran ante el trabajo ni retrocedieran ante el deber. Su profunda experiencia y perfectísimo tacto sirviéronla a maravilla en la admisión de aspirantes; su fina mirada parecía escudriñar el alma entera y sintetizar con rara penetración las grandes líneas y aun los mínimos detalles que revelan el carácter. Pero el árbol plantado en Lyon, lleno de vida, tendía ya a desarrollarse y a extenderse en nuevas ramas. Algunos meses después de la aper-

tura del Pensionado de Lyon, se inauguró otro en Belleville (1822), al cual se juntó una clase para las niñas pobres; sin embargo, nuestras Religiosas no se quedaron definitivamente en este Pensionado, porque en 1829 se estableció allí otra Comunidad y cedieron el sitio a las recién llegadas, ya que otras fundaciones reclamaban a las asociadas de Fourviére.

El Padre Coindre, nombrado Superior de los misioneros de Velay, había fundado un coelgio en Monistrol, en la diocesis de Puy en 1823, y llamó allí, con el permiso de la autoridad diocesana, a sus queridas hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Un primer proceso verbal que data del 10 de Octubre de 1823, extraído de los Registros del Seminario de Monistrol, relata la institución canónica de las Damas y Hermanas de los Sagrados Corazones de Jesús y María, aprobada como Congregación por el Obispo de Saint-Flour, administrador de la diócesis de Puy. Las Madres San Bruno, San Pedro y San Simón se habían posesionado del establecimiento el día 6 de Enero de 1823. Un mes después, el 4 de Febrero, el Obispo de Saint-Flour autorizó al Padre Coindre para recibir los votos simples de las que se presentaran.

Doce días más tarde, y en virtud de una carta del Padre Coindre, Madre San Ignacio y sus compañeras de Lyon pasaron a Monistrol, donde se unieron a las de Belleville, que ya habían antes llegado. El 25 de Febrero de 1823, en la colegiata, cinco de ellas pronunciaron las solemnes promesas y vistieron el hábito religioso que la Congregación de Jesús-María lleva actualmente. Fueron éstas con la Madre San Ignacio, Madre San Francisco de Borja, Madre San Francisco Javier, Madre San Bruno y Madre San Pedro.

Al siguiente día se procedió a las elecciones, en las cuales, por unanimidad de sufragios, fué nombrada Superiora general la reverenda Madre San Ignacio; al mismo tiempo se dió el cargo por escrutinio a tres Asistentas, y últimamente la Superiora general designó por sí misma a las Superioras de las casas de Monistrol y de Belleville; en este mismo día tres nuevas novicias tomaron el hábito.

Con razón fué nombrada Superiora general Madre San Ignacio, puesto que ya era una verdadera Madre para las hijas que había conducido a la vida religiosa a costa de tantos trabajos y sacrificios.

Un mes después, el 16 de Marzo, en Monistrol, pronunciaron los santos votos Madre San Andrés, Madre Estanislao, Madre Gonzaga, y antes de finalizar el año, el 8 de Septiembre, Madre San Ambrosio. Madre San Simón no los hizo hasta dos años más tarde, el 1.º de Noviembre de 1825 (1).

(1) Registro de profesiones,

CAPITULO IX

EL TALLER DE FOURVIERE

Vuelta a Lyon la Madre Fundadora, hizo instalar a las jóvenes obreras en el nuevo y espacioso local de «La Providencia». Pudo entonces dar ancho cauce a su caridad manifestando en todos sus actos los tesoros que poseía de esta preciosa virtud. Experimentaba una grande alegría relatando la prosperidad creciente de los tres pensionados, repletos de alegre y bulliciosa juventud; pero su visible predilección era para las niñas débiles y desamparadas, para las pobres niñas que con frecuencia se le presentaban en un estado de miseria y de abandono capaz de enternecer al corazón más empedernido. Las más pobres eran las mejor acogidas y tenemos varios testimonios del afecto que profesaba a